Oraciones y sacrificios

Autor: Manolo Campa

Nuestra vecina de la acera del frente, la que intercambia ideas de jardinería y recetas de cocina con mi esposa, nos visitó para dejarnos saber que su hijo había aceptado asistir a un retiro para jóvenes universitarios. Eufórica e ilusionada venía a pedirnos ayuda espiritual para que el chico se encontrara con Dios y "sentara cabeza".

Los dos le aseguramos nuestro apoyo. Mi mujer porque siempre está dispuesta a incluir en sus rezos a todo el mundo. Y yo, menos espléndido, para que el jovenzuelo deje de estropearme el césped con las gomas de su rugiente moto… que interrumpe mi siesta cuando regresa de la universidad, estrepitosamente, más allá del mediodía.

Con actitud de madre priora asignó obligaciones, deberes: ella se ocuparía de los rezos y yo haría los sacrificios. Cuando protesté por lo desigual de las atribuciones, me echó en cara que rezar conmigo era un tormento. Dijo que yo la sacaba de quicio porque, desde la tercera Avemaría de la primera decena del rosario que hacemos juntos, me quedaba dormido. Cierto. Lamentable.

Para compensar la mediocridad de mis oraciones decidí hacer sacrificios de primera clase. Para arrancarle al Señor una lluvia de Gracia, mejor aún, un diluvio de favores para mi motorizado vecinillo, podía hacer las siguientes mortificaciones "olímpicas": Dormir en el suelo y madrugar. No beber café. No fumar. Bañarme con agua fría. Obedecer a mi mujer sin protestar…

Analizando la lista de esas penitencias de altos quilates, llegué a la conclusión de que, en mi caso, no eran tan loables… Dormir en el suelo o sobre clavos como los austeros fakires mahometanos, para mi no es sacrificio… yo duermo plácidamente sobre cualquier superficie. Madrugar sí me costaba cuando tenía que hacerlo para ir a trabajar pero desde que estoy jubilado madrugo sin tener que hacerlo, y esto no me gana honores.

Una de mis terrenales ambiciones era tener buena estatura. Persuadido de que el cigarrillo y el café limitan el crecimiento, esperanzado aún, ni fumo ni tomo café. Aquí tampoco puedo intercambiar privaciones por bendiciones.

El baño con agua fría es un martirio para mí. Pero, a la fuerza, sin remedio, me he acostumbrado a la ducha glacial: Como ya no trabajo, mis privilegios al primer turno en la rutina de la mañana ya no los tengo. Los tiene mi mujer por usurpación del poder. Esclavo de la costumbre necesito el baño mañanero para comenzar el día haciendo lo aprendido desde niño. Cuando mi esposa sale de la ducha envuelta en una nube de vapor, entro yo… y al minuto los agradables chorritos de agua cálida se convierten en aguijonazos de líquido helado. El mérito de este sacrificio no lo puedo ofrecer como propio porque es involuntario, fruto de acciones ajenas.

Cuando en nuestro hogar había que tener normas estrictas de disciplina para controlar cinco niños saludables y bullangueros, mi esposa ejercía el mando con férrea eficiencia. Nuestros hijos ahora tienen sus correspondientes alborotos con sus propios hijos, y nosotros vivimos en la tranquila monotonía de un recinto sin rebeldías ni música estridente...

¡Ah, pero la "madre superiora" sigue a la cabeza de su convento vacío! Yo soy su único subordinado. Cuando estoy disfrutando de los deportes, de una película de policías y ladrones o de indios y vaqueros, al primer descuido mío, se apodera del "control" del televisor y trae a la pantalla escenas dantescas de operaciones quirúrgicas o programas de orquestas de muchos músicos vestidos de camareros, dirigidos por otro vestido de mago con su varita que utiliza para batir el viento y señalarle al de los tambores cuando tiene que hacerlos sonar.

He comprobado que si protesto nada consigo pero si mantengo la calma y el silencio, en pocos minutos, ella cae en un profundo sueño que aprovecho para volver a la pantalla los programas de mi preferencia. No puedo ofrecer como sacrificio heroico el "no pelear con mi mujer mientras dure el retiro" pues lo hago, con la astucia evangélica de las serpientes, buscando mi conveniencia.

EN SERIO:

Monseñor Coleman Carroll, Arzobispo de Miami, el 8 de septiembre de 1966, hizo una invitación al pueblo cubano en el exilio a construir un santuario en honor a la Patrona de Cuba.

El llamado fue escuchado. Los años de esfuerzos, años de plegaria; años de limosnas donde predominaba la monedita de los más sencillos, son demostración palpable de hombres y mujeres que creen en el poder de la oración. Se construyó el Santuario que es un monumento a la fe de un pueblo que vive, que permanece vibrando en el amor a Dios y a la patria.

La Ermita es obra de oración. No se recogió con otros fines… se levantaría una casa para orar… un Santuario a la Virgen de la Caridad. Monseñor Agustín A. Román, de gratísimo recuerdo, señalaba: "Este lugar ha sido el lugar de la oración. El lugar del encuentro de un pueblo desterrado con su Dios".